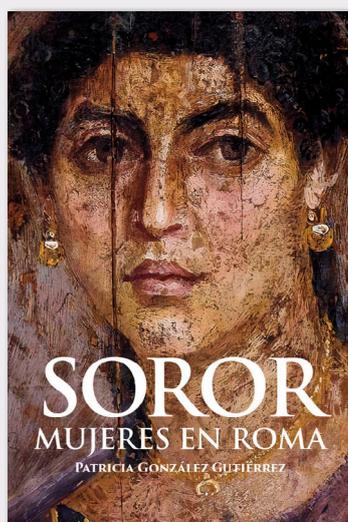


Mujeres en Roma. Historia de las sin nombre

¿Sabías que las mujeres romanas no tenían nombre propio como los hombres, y que a todas las hermanas de una misma familia se las llamaba igual, solo por el apellido? ¿O que estaban incorporadas al mercado laboral en profesiones tradicionalmente “masculinas” como herreras, albañiles o navieras? Coincidiendo con el estreno en Movistar+ de la serie *El corazón del Imperio*, creada por Santiago Posteguillo y protagonizada por Aitana Sánchez-Gijón, un sorprendente libro arroja luz sobre la silenciada historia de las mujeres romanas.



Soror. Mujeres en Roma
978-84-122213-1-2
288 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 23,95 €

«Te esperaré, hermana», escribió, de su puño y letra, Claudia Severa a su amiga Sulpicia Lepidina, en la invitación a la celebración de su cumpleaños en un fuerte perdido junto al muro de Adriano. Son los suyos dos nombres de los muchos que mencionará este libro, *Soror. Mujeres en Roma*. Nombres de esclavas o de emperatrices, de niñas o de ancianas, de trabajadoras o de sacerdotisas, célebres algunos de ellos, pero casi desconocidos la mayoría. Las mujeres romanas, como cualquier mujer en cualquier sociedad, tenían diferentes formas de vivir, pensar y sentir. No existe la «mujer romana», existen muchas formas de ser mujeres en Roma. Una campesina de Hispania no tenía las mismas preocupaciones vitales que una rica matrona romana, pero algunas líneas las unían a todas: los peligros del parto, el sometimiento a la legislación, la visión masculina, las normas morales y sociales que las constreñían... No sabemos demasiado sobre estas mujeres romanas, a menudo poco más que un nombre sobre una desgastada lápida, no recibieron un enternecedor poema a su muerte ni tuvieron una vida épica o heroica. Pero merecen ser nombradas, volver a ocupar un hueco en una historia –esa historia de batallas y de generales escrita por los autores clásicos, hombres– de la que fueron expulsadas y de la que nunca, con toda probabilidad, se sintieron parte. Merece la pena recordarlas, aunque sea durante los breves segundos que pasamos la vista por sus nombres para olvidarlos después. Merece la pena volver a poner por escrito los nombres de esas mujeres que no cambiarían la historia ni desafiarían los roles de género ni fueron grandes reinas o guerreras, pero sí fueron madres, hijas, hermanas, amigas o amantes que alguien recordó con ternura. Ellas son mucho más historia, en realidad, que Cleopatra o César, aunque sobre ellos corran ríos de tinta.



Patricia González Gutiérrez es licenciada y doctora en Historia por la UCM, máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad por la UAM y máster en Estudios de Género por la Universidad de Sevilla. Sus investigaciones versan sobre la construcción del género en la Antigüedad y el control demográfico, y sobre ello ha presentado numerosas conferencias y publicaciones, incluido el libro *El vientre controlado. Anticoncepción y aborto en la sociedad romana* (KRK). También es autora de *Soror. Mujeres en Roma* (Desperta Ferro Ediciones). Ha sido, además, asesora histórica de la serie *El corazón del Imperio* (Global Set/ Movistar), precisamente sobre las mujeres en Roma.

En librerías el miércoles 29 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA





¿SABÍAS QUE...?

Los juegos gladiatorios no eran solo para hombres. Las mujeres no solo participaron como espectadoras, sino que hubo mujeres combatiendo en la arena. Conservamos, de hecho, un relieve, procedente de Halicarnaso, que conmemora a dos de ellas, Amazona y Aquilia.

Las mujeres aprendían a leer y escribir en escuelas “públicas”, junto con los niños de su edad. Aunque no tuvieran acceso a grados superiores de educación, muchas alcanzaron una gran cultura, y conservamos algunas obras escritas por ellas, aunque la mayoría se han perdido. No solo eso, también fueron librerías y copistas.

No todo eran matrimonios convencionales en Roma. Las relaciones sáficas también fueron una realidad. Tenemos poemas de amorlésbico grabados en los muros de Pompeya, relieves de parejas estables y críticas sorprendidas de algunos moralistas romanos.

La virginidad no era especialmente apreciada en Roma... salvo en las vestales, sacerdotisas que eran escogidas desde niñas y tenían que permanecer vírgenes los treinta años que servían a la diosa Vesta. El castigo por romper ese juramento era la muerte, ya que se las enterraba vivas en cámaras selladas bajo las murallas.

Los romanos pensaban que las mujeres eran, literalmente, hombres a medio cocer. Eso sí, con una particularidad, el útero, que era concebido por mucha gente como un órgano semiviviente con voluntad propia, que podía hacer enfermar a las mujeres al “mordisquear” los órganos adyacentes. De ahí el nombre de la “histeria”, por el nombre en griego de esta parte del cuerpo.

A las madres romanas no se les reconocía un parentesco directo con sus hijos, que solo tenían esa relación con sus padres. Esto llevó a un sinnúmero de problemas legales en temas de herencia, lo que obligó a los romanos a crear una legislación específica que permitiera la herencia directa entre las mujeres y sus descendientes.

La sociedad romana ya conocía la anticoncepción y el aborto, que usaban para prevenir embarazos de riesgo, solucionar partos complicados o intentar controlar la natalidad. Plantas como la ruda y el perejil se siguen usando a día de hoy como ingredientes en los abortos clandestinos. Eso sí, era más un derecho del padre que de la madre, y también podía decidir si se aceptaba a los recién nacidos en la familia o se les abandonaba.

La religión romana creó diosas poderosas, castas como Diana o eróticas como Venus, pero también toda una serie de monstruos femeninos y brujas, que se comían a los hombres en los bosques por la noche, raptaban a niños en sus cunas o eran capaces de levantar a los muertos para tener una amena conversación sobre el pasado y el futuro.

Las prostitutas y actrices solían ser esclavas y llevar una vida llena de violencia y explotación, sin embargo, algunas llegaron a ser muy poderosas. Una de ellas, Teodora, incluso llegó a ser emperatriz, aunque eso no la libró de los insultos de sus contemporáneos. Procopio dedicó amplios pasajes de su *Historia secreta* a denigrarla con todo lo que se le ocurrió, incluyendo el recuerdo de cierto espectáculo que implicaba a Teodora, un escenario, unos gansos entrenados y un taparrabos muy corto... ya nos entendemos.

SOROR. MUJERES EN ROMA

Explicado por su autora

EN POCAS PALABRAS

La Historia, con mayúsculas, tradicionalmente ha arrinconado a la enorme mayoría de la población. Solo un puñado de hombres poderosos eran considerados dignos de aparecer en los libros de historia seria y circunspecta. El resto, eran números y notas al margen. Las cosas han cambiado, y sectores enteros de población empiezan a asomarse a esos libros, quizás menos serios y circunspectos, pero con un mayor rigor y perspectiva. Las mujeres en Roma son más que dos personajes famosos, casi caricaturas, en las fuentes. Fueron esposas y madres, pero también herreras y agricultoras, terratenientes y prostitutas, sacerdotisas y emperatrices. Un libro sobre ellas, sobre la diversidad de sus vidas y sus puntos en común, que nos sirve para entender mejor la sociedad romana, pero también la nuestra. Ver de dónde venimos, qué compartimos con nuestro pasado y qué podemos aprender de él. En esta obra se realiza un recorrido temático por los diferentes aspectos de la vida de las romanas, desde las pobres a las poderosas, desde las leyes que marcaban

su vida en sociedad hasta los ritos en que participaban, desde su infancia a su vejez. Nos acercamos, así, a mujeres reales, con sus historias de opresión y poder, a las dos caras de la moneda.

Soror pretende no solo ayudarnos a conocer la sociedad romana de una forma más global, a través de su mitad tradicionalmente más olvidada, sino también traernos al presente, a través de las continuidades y pervivencias, de polémicas y debates actuales. Al fin y al cabo, su historia es la nuestra, la de todas y, también, la de todos, en muchos más aspectos de los que podríamos pensar.

UNA PERSPECTIVA AMPLIA

Soror. Mujeres en Roma es un libro que hace un recorrido amplio por la vida, historia y discursos en torno a las mujeres en la Roma más clásica. En vez de adoptar un enfoque cronológico se concibe un recorrido temático por los distintos aspectos que conformaban su vida cotidiana y marcaban qué se esperaba de ellas. De hecho, el primer capítulo se dedica precisamente a lo que pensaban los romanos que era una mujer. Esta pregunta no es tan sencilla de responder como parece, ya que se mezclan conceptos médicos, sociales e ideológicos que se encaminaban a justificar la inferioridad femenina, que permitía mantener un orden social en que las mujeres estuvieran subordinadas a los hombres, tuteladas legalmente y carecieran de ciertos derechos cívicos o el acceso a magistraturas y cargos militares.

El segundo capítulo se dedica al siempre complicado mundo de la legislación, que nos da una idea no solo de lo permitido y de lo prohibido, de lo esperado y de lo tabú, sino también de las triquiñuelas y espacios vacíos que encontraron las mujeres para saltarse la normatividad social. Además, nos permite conocer y reconocer cómo se conformaban las familias y el parentesco, con todas sus dinámicas de poder. La lucha por sus derechos, si bien pocas veces se hizo de forma organizada y no puede compararse con movimientos posteriores, también está presente, con algunos casos bastante conocidos de huelgas y manifestaciones.

No era fácil ni nacer ni morir mujer en Roma, y las diferencias por género eran perceptibles desde la

Aunque las mujeres aparecen menos representadas que los hombres, conservamos una buena cantidad de obras en las que aparecen, no siempre de fácil interpretación. Fresco romano que representa a dos mujeres (s. I d. C.). J. Paul Getty Museum, Los Angeles (California). Cortesía del programa Open Content de dicho museo.



cuna, si se lograba llegar a ella, pues el infanticidio afectaba especialmente a las niñas. La educación diferenciada era fundamental para crear mujeres castas, buenas, pías y domésticas... aunque no siempre funcionaba del todo bien, y podemos ver cómo muchas mujeres se embarcaron en relaciones homoeróticas, se fugaron con sus amantes o se salieron de la norma de distintas formas. Pocas llegarían a una vejez tranquila, aunque ni en ese caso estaban libres de crítica y burla, en un nuevo control de la corporalidad femenina y de su capacidad de acción. Las viudas ancianas, libres de tutela, que se veían más libres para actuar de forma independiente eran sometidas a un control social mediante la mordacidad y la sátira. Reírse de la suegra o de la vieja borracha no es algo tan nuevo como podría parecer. La religión no puede faltar como factor que atravesaba a todas las romanas, sin excepción, aunque de distintas formas. No solo las deidades podían adoptar formas y significados distintos dependiendo de si eran adoradas por prostitutas o matronas, romanas o extranjeras, sino que todos los ritos marcaban un espacio concreto que remarcaba la posición social de las distintas mujeres, ya fuera por estatus, edad o casamiento. El capítulo intenta ir más allá de los tópicos y analizar, por ejemplo, la posibilidad de que hubiera mujeres que sacrificaran por sí mismas (algo considerado un tabú por la historiografía), o las razones que llevaron al sacrificio de vestales. Más allá de las humanas y las diosas, es interesante ver también lo monstruoso y lo terrorífico, tanto en temas de represión y asesinato de mujeres por motivos religiosos, como en las criaturas femeninas asociadas a lo malvado, como las estrigas y las brujas.

En los tres últimos capítulos se analizan los diferentes estratos sociales en los que podía nacer y vivir una mujer en Roma, desde la mendicidad y la prostitución esclava, hasta la casa imperial. Y, lo más importante de todo, la variedad de profesiones,



situaciones y circunstancias vitales por las que podían pasar. Recaltar el plural en “mujeres” es importante, para alcanzar un atisbo de realidad detrás de los prejuicios de las fuentes. Así aparecen mujeres con nombre propio, algunas más conocidas y otras menos. Una Fulvia a la que llamaron marimacho, pero que lo dio todo por su familia, una Livia joven que tuvo que descubrir cómo se sobrevivía entre tiburones, pero también una trompetista, Aglais, capaz de comer y beber como un atleta, o Aquilia, la gladiadora, o Julia Saturnina, médica en Mérida, recordada como “óptima”. Nombres que hacen que ninguna de ellas haya desaparecido del todo. Nombres que nos unen con un pasado remoto, con un hilo tejido de historias.

PARA FINALIZAR

Soror no pretende quedarse solo en el pasado, sino ayudarnos también a comprender cómo entendemos hoy por “mujer” y de dónde vienen muchas de nuestras ideas sobre el género, algo no exento de polémica. La perspectiva de género ha llegado para quedarse en la historiografía, y este libro, pues, nos ayuda comprender desde ahí, y de una forma accesible pero rigurosa, las normas sociales y legales (y las transgresiones a las mismas) que marcaban la vida de las mujeres, y cómo estas fueran empujando y moldeando las fronteras de la imagen de sí mismas que se les imponía.

En conclusión, *Soror* nos ayuda, de esta forma, a comprender esa Roma dentro de Roma que suponía la mitad de la población, tradicionalmente olvidada y silenciada, sin derecho a voz ni nombre, pero que consiguió dejar su huella en la historia. Y, además, nos ayuda a comprendernos y a comprender nuestra sociedad. Al fin y al cabo, como decían, toda la historia es historia contemporánea.

El sincretismo fue común en algunas deidades femeninas, a las que no solo se rendía culto en los espacios públicos, sino también en los privados, con pequeñas figurillas y altares. Estatua de Isis/ Afrodita procedente de Egipto (s. II d. C.). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Bajo licencia CC0 1.0.

ENTREVISTA A LA AUTORA

¿Por qué un libro sobre mujeres romanas ahora?

La historia de género y de las mujeres tiene un recorrido que se va, poco a poco, consolidando. Hay grandes enciclopedias y obras colectivas, y muchas monografías interesantes. Pero hacen falta buenos libros generales de divulgación, accesibles y rigurosos, que pueda leer tanto un especialista como alguien que se acerca por primera vez al tema. Y la historia de las mujeres romanas es un punto especialmente sensible, ya que nuestra sociedad comparte mucho con la romana, ha heredado muchos conceptos y, a veces, no somos conscientes de cuántos prejuicios tenemos en torno a ella.

Pero hay muchas mujeres de esa época cuya historia sí conocemos ¿no?

Es curioso ver cómo se han tratado la historia de algunas de las más famosas. Livia, por ejemplo, está muy marcada por la crítica política de su época y por la imagen que tenemos de *Yo, Claudio*. Cleopatra y su interacción con la sociedad romana es ya tan mítica que cuesta saber algo de verdad sobre ella, pese a que tengamos muchísima información. Lo mismo pasa con algunos personajes que se ponen de moda temporalmente, por novelas históricas, como Julia Domna, con los libros de Posteguillo.

Al final nuestra idea de lo que era una romana está muy marcada por las fuentes antiguas y por la ficción que se hace sobre ellas. Y eso, además, suele acabar siendo una mirada masculina, con intereses claros. Nos falta la voz de las mujeres. De la “malvada” Agripina y su “loco” hijo Nerón, conservamos las obras

La importancia de la familia es evidente en el deseo de representación mediante grupos escultóricos o joyas de uso más privado. Aun así, a los hijos no se les consideraba descendientes directos de sus madres, sino solo indirectos. Medallón de cristal dorado que representa a una madre y su hijo (ppios. s. IV). The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Bajo licencia CC0 1.0.



de quienes les consideraban odiosos. Si se hubieran conservado las obras que escribió ella misma sobre su familia, por ejemplo, puede que la historia fuera muy diferente. Lo mismo pasa con Livia, cuando la repensamos y nos damos cuenta de que fue una chica que pasó por dos matrimonios, dos partos y un aborto antes de lo que hoy consideraríamos la mayoría de edad, y que tuvo que lidiar con conspiraciones, un marido despótico y una familia cuajada de ambiciones. Igual deja de ser “la mala” y, de repente, vemos una persona y no a un personaje.

¿Pero las mujeres escribían?

Sí, y mucho. Apenas conservamos un par de tratados con firma femenina, pero sabemos que había muchos que se han perdido, como esas memorias de Agripina. O tratados médicos, como los de Antioquis. También poemarios o libros de música. Hipatia se ha hecho famosa últimamente, pero hubo varias mujeres filósofas, médicas, maestras e investigadoras.

Otro gallo nos cantarían si hubiéramos podido conservar todo ese conocimiento y si las mujeres hubieran tenido más fácil el acceso a la “alta cultura”.

Eso sí, también escribían cosas más cotidianas, como la invitación de cumpleaños de una mujer a su amiga, que abre el libro, o recetas de cocina y medicamentos (incluidos los anticonceptivos), cartas a sus familiares o pintarrajaban las paredes como cualquier adolescente (y no tan adolescente) actual.

¿Y cómo conseguir rascar, entonces, ese barniz?

Hay que rascar mucho, desde luego. Eso es lo complicado de la historia de las mujeres, que tienes que leer entre líneas, rebuscar los datos, y tirar de fuentes alternativas. La epigrafía, por ejemplo, tiene mucho peso en el libro, porque hay muchas historias detrás de cuestiones aparentemente tan simples como lápidas y sellos. Hay mucha vida cotidiana que se sale de las grandes obras de los grandes historiadores. El poema de amor de

una muchacha a su amada, otro poema grabado en los colosos de Memnón, de alabanza a Sabina, la mujer de Adriano, y escrito por otra mujer de la corte imperial, la lápida de una mujer que vivió con dos amantes... Son cosas que difícilmente se van a encontrar en las fuentes tradicionales.

Y así, de repente, las mujeres dejan de ser solo amas de casa alejadas de la vida cultural y nos encontramos a mujeres activas en la política, a mujeres dirigiendo ejércitos contra Roma, como Boudicea o Zenobia, a prostitutas que intrigaban con sus clientes más influyentes, a actrices que se convirtieron en emperatrices, a mujeres que fabricaban armas mientras otras eran reputadas médicas, o a sacerdotisas que se metieron en líos por pasar demasiado tiempo ocupadas en comprar y vender propiedades.

¿Qué nos aporta en la actualidad el conocimiento sobre un pasado como el romano?

En realidad, mucho. Una parte importante de lo que somos, como sociedad y como personas, hunde sus raíces en el mundo clásico. Evidentemente no somos romanos, la sociedad ha cambiado con el paso del tiempo, han llegado y se han ido otras sociedades, y hemos tenido influencias de todo el mundo, pero sí podemos rastrear en ese pasado muchos conceptos e ideas que consideramos “naturales”. Qué es una mujer, qué es la historia, cómo se concibe el matrimonio o la familia, cómo concebimos la violencia sexual o de género... conocer nuestro pasado nos ayuda a comprender nuestro presente y nos ayuda a cambiar la perspectiva. También es importante saber que las posiciones actuales en torno a temas como el aborto, el sexismo o la lgtbifobia no surgen de la nada, y que tienen todo un recorrido discursivo y una historia detrás.

¿Consideras que este es un libro de mujeres y para mujeres?

Algo especialmente perverso del masculino genérico es que hemos pensado siempre que la historia tradicional, que era sobre todo historia política y de hombres, es la historia de todos, y que la historia de las mujeres era solo una especie de “genealogía femenina”. Pero, aunque está bien el buscar un pasado propio, hay que entender que la historia de las mujeres es Historia, con mayúsculas, es una historia común, que nos explica nuestra sociedad tanto como las batallas o las conquistas.

¿Crees que puede ser un libro polémico?

En realidad, cualquier libro de historia va a ser polémico. La historia es algo muy identitario, que llevamos muy dentro, y creamos todo un imaginario

colectivo social en torno a ella. La historia es una parte mucho más importante de lo que creemos en nuestras vidas. Y la historia que se sale de lo tradicional siempre levanta ampollas, sobre todo cuando se habla de cuestiones como lesbianismo, conformación del género y temas así. Pero está bien que eso pase, siempre que eso nos lleve a cuestionarnos mismos, a nuestra sociedad... y que pensemos “eh, mira, resulta que esto no es tan natural como pensaba y tiene una historia y unos intereses detrás”.

Pero, ¿cómo podemos hablar de las romanas si se insiste tanto en que había muchas formas diferentes de ser una romana?

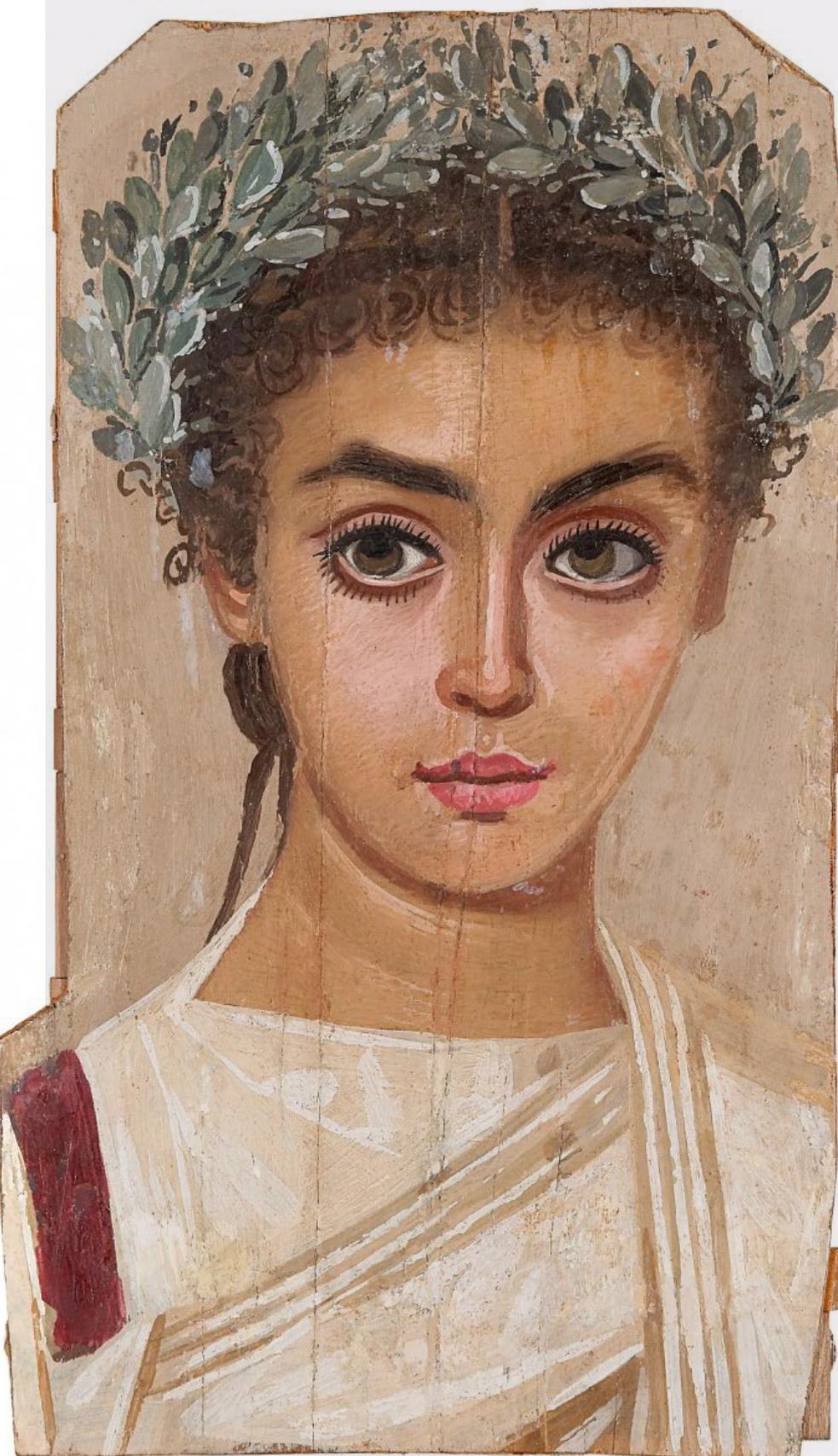
Cada mujer romana, como cada mujer actual, era un mundo, porque el género se ve atravesado por el estatus social, la edad, la etnia, la ideología... pero eso no quita para que algunos factores afectaran a todas las mujeres, por ejemplo, como se concebía que debía ser su cuerpo, su sexualidad o cómo debía comportarse. Esta obra intenta poner en contexto esos puntos de unión y también la diversidad y las transgresiones. Hubo romanas como Fulvia, la esposa de Marco Antonio, que se saltaron las convenciones y dirigieron ejércitos. Hubo romanas, como Octavia o Livia, que intentaron ser la matrona perfecta. Hubo romanas que ascendieron socialmente y otras que cayeron en desgracia... pero al final, hay un punto en común, el que eran romanas y no romanos. Probablemente a todas las llamaron históricas alguna vez o tuvieron que aguantar un “mujer tenía que ser”. En eso no hemos cambiado tanto.

¿Cómo ha influido tu trabajo como asesora histórica de la serie *El corazón del Imperio* en el libro?

Sinceramente, en mucho. La experiencia que ha supuesto el participar en una forma diferente de contar y transmitir las historias, en una forma diferente de trabajar con el material, ha sido enormemente enriquecedor. Asesorar, al final, es un camino bidireccional, porque no puede ser solo un historiador o una historiadora soltando una chapa al personal, sino que tiene que ser un diálogo entre lo puramente académico y las distintas maneras de elaborar una historia y un discurso. También te permite ver lo bien que funcionaban algunos autores en el mundo clásico al hacer eso, y tomar otra perspectiva respecto a las fuentes.

Es enormemente difícil hacer una serie que combine lo teatral y el espectáculo con entrevistas a historiadoras, el rigor y la transgresión, la narrativa y lo académico. Y creo que eso se ha conseguido tanto en la serie como en este libro.

ÍNDICE



Agradecimientos

Prólogo

Introducción

1. La construcción de la mujer
2. Madre de los hijos de otro
3. Crecer en Roma
4. Diosas, sacerdotisas y festivales
5. Mujeres invisibles, mujeres fuera del sistema
6. Buscar su sitio
7. El juicio de la historia

Conclusiones

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MUJER

Otra idea que superó el ámbito médico, transformándose y mitificándose en el imaginario colectivo popular, fue la del «útero errante». Este concepto que se extendió a lo largo del tiempo, pese a que algunos médicos, como Sorano o Galeno,²¹ lo desmintieron de un modo categórico, imaginaba un útero semiviviente, casi capaz de un pensamiento autónomo, que se trasladaba por el cuerpo secando, mordisqueando y afectando a los órganos cercanos, causando una serie de síntomas de lo que se denominó «histeria» por el término griego referido a este órgano, *hysteria*. Este útero independiente y con deseos propios podía ser atraído por olores agradables o repelido por los desagradables, «engañándolo» para que se separase de otros órganos. De este modo se justificaba la aplicación de diversos remedios mediante fumigaciones o sahumerios, o la existencia de prolapsos. También justificaba los embarazos y las relaciones sexuales como algo básico para la salud femenina.

Aunque los médicos habían debatido sobre la salubridad o no de las relaciones sexuales y los embarazos o cómo la ausencia de relaciones podía afectar al útero, causando también esa histeria, que se caracterizaba por sofocos, incapacidad para hablar, desmayos o, incluso, estados comatosos, la imaginación popular fue mucho más allá. Mientras un médico como Celso afirmaba que el útero era un elemento fundamental en la salud o, más bien, para la ausencia de ella, en la mujer, Sorano dudaba de que los embarazos pudiesen considerarse algo beneficioso por sí mismos, consciente como era de los peligros que suponían para las mujeres. A Apuleyo, autor de *El asno de oro*, en cambio, el recurso al peligro de la histeria le funcionó de maravilla en un juicio, en el que era acusado de ejercer la brujería para seducir a una mujer mayor y conseguir que desheredara a sus hijos, afirmar que lo había hecho por el bien de su esposa, ya que corría el riesgo de sufrir un ataque y morir, por lo prolongado de su viudedad.²² El hecho de que le absolvieran con un argumento como ese demuestra que cuando hablamos de «popular» no nos referimos solo a los niveles más pobres, con un menor acceso a lo que se ha calificado como alta cultura, sino a todos los estratos

sociales. Tampoco podemos olvidar que el principal texto conservado que nos habla de este útero errante es el *Timeo*, una obra de Platón.

La popularidad de esta idea no solo se aprecia en los textos, sino también en la forma de representar los úteros. Los exvotos que se han conservado nos presentan órganos siempre exentos y, muchas veces, animalizados en forma de pececillos, con sus aletas y formas redondeadas, como los que pueden admirarse en el Museo Nacional Etrusco de Villa Giulia, en Roma, o los procedentes del templo de Gravisca, datado entre el 400 y el 250 a. C. También se han encontrado numerosos amuletos destinados a «mantener en su sitio» el útero, así como a abrirlo y cerrarlo a voluntad, es decir, a favorecer o impedir la concepción según el deseo de quien lo poseyera.²³ La representación también es exenta, sin nada que los ate al cuerpo ni representación alguna de los ovarios, además de aparecer asociados a llaves y deidades que los protegerían. En el fondo son formas que no reconoceríamos como tal hoy en día, algo que no responde solo a un conocimiento distinto, sino también a un imaginario colectivo diferente en torno a su significado, función y simbolismo.



El útero se representaba exento, sin los ovarios y, a menudo, con pliegues o con forma animalizada. Exvotos etruscos de úteros encontrados en el santuario de Fontanile di Legnina (Vulci) (ss. IV-II a. C.), Museo de Villa Giulia. Concesión del Museo Nacional Etrusco de Villa Giulia.

CAPÍTULO 2

MADRE DE LOS HIJOS DE OTRO

El adulterio y la violación destruían la honra de la mujer. En cambio, cuando el acuerdo para compartir o intercambiar mujeres era un pacto entre hombres, la pureza de estas quedaba en un segundo plano. No solo los matrimonios podían ser pactados por los padres o hermanos como forma de alianza política o económica, sino que un romano podía, con toda tranquilidad, prestar a su mujer a un amigo para que fuera su esposa y tuviera hijos con él y la devolviera cuando hubiera cumplido con su deber de procreación. Esto podría parecer una exageración legendaria de Plutarco, el cual lo cuenta en sus *Vidas paralelas*, cuando realiza la comparación de las vidas de Licurgo y Numa, dos personajes con una carga mítica importante. Sin embargo, lo vuelve a relatar ya con personajes históricos y conocidos, como en el caso de Catón y su esposa Marcia, que es cedida al amigo de este, Hortensio.³² La crítica, que viene de recuperarla luego, ya viuda y considerablemente más rica, acaba recayendo en Marcia, la cual no había tenido ni voz ni voto en un acuerdo que la trataba como a una oveja o un bonito adorno.

Algo similar, aunque es probable que con bastante más coacción de por medio, ocurre con Augusto y Livia. Una historia que, de nuevo, se nos ha vendido como un flechazo, sin tener en cuenta que nadie preguntó a Livia qué quería y, por otro lado, cuáles eran los intereses políticos del futuro emperador. El todavía entonces Octavio solicitó al marido de Livia que se la cediera, aunque ella estaba embarazada. Esta, cuyo primer matrimonio tuvo lugar a los quince años, y que se vio obligada a acompañar a su marido al exilio, escapando por los pelos de la muerte en alguna ocasión, cuando se encontró con Octavio, llevaba ya tres años de matrimonio, tenía un hijo y estaba embarazada del segundo. De forma fulminante, y recién parida, se vio en su segundo matrimonio, con el futuro Augusto. Tuvo que separarse de su hijo, que

fue a vivir con su padre, y, poco después, sufrió un aborto o serios problemas en el parto (las versiones varían, pero el fondo permanece), lo que es probable que fuera la causa de su esterilidad durante el resto de su vida. Ejerció como consejera, atemperó el carácter de Augusto, se comportó como una matrona ejemplar, trabajó la lana y se mantuvo fuera del foco público. Aun así, las fuentes acabarían acusándola de todas las desgracias e intrigas familiares. Esa imagen de mujer manipuladora e insidiosa es la que perdura también en la actualidad, profundamente marcada por el personaje que creó Robert Graves en la serie de libros iniciada por *Yo, Claudio*, que se trasladó a la serie del mismo nombre. Augusto es la imagen de Roma, el brillante estratega, el luminoso emperador, un bonachón que acaba manejado por una fría y seca mujer de la que está perdidamente enamorado. Ella acaba siendo, como siempre, la culpable de todos los males, mientras que la imagen de esa niña obligada a casarse, divorciarse y casarse otra vez, a huir y permanecer, que parió dos veces y abortó una antes de los veinte, queda oculta y olvidada frente al arquetipo de *femme fatale* que se ha creado a su alrededor.

Ambas decisiones, la de Catón y la de Augusto, fueron polémicas, aunque no demasiado criticadas, y nadie preguntó a las mujeres su opinión sobre el tema.³³ Tampoco a otras mujeres de la casa imperial o de los estratos altos les preguntaron si querían casarse o con quién o si querían divorciarse cuando la alianza política había terminado. Se asumía que eran una moneda de cambio sumisa y útil. El ejemplo de la perfecta matrona fue Octavia la Menor, la hermana de Augusto, símbolo de todos los valores que Roma pedía de sus mujeres. En esencia eso se reducía a sacrificar cualquier amago de vida, intereses propios o deseos, cuidar a los hijos propios y ajenos y mantener matrimonios que no dejaban de ser farsas políticas.

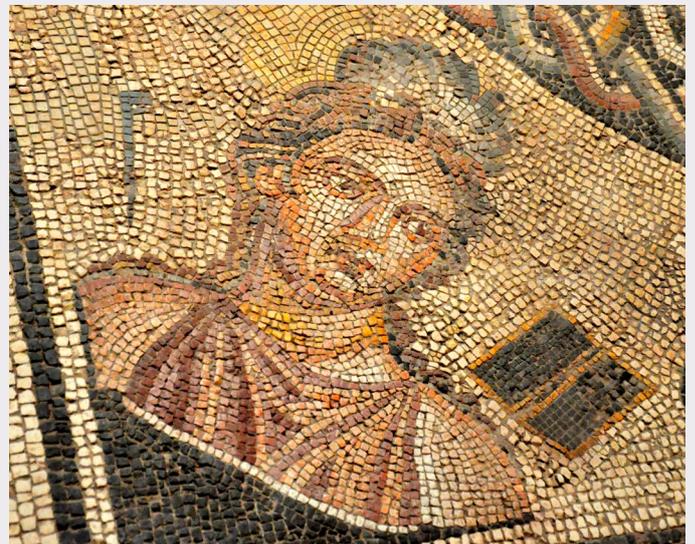
CAPÍTULO 3 CRECER EN ROMA

Los poemas de Sulpicia, una poeta de época augustea, solo se conocen porque Tibulo, un compañero varón, los copió en su propia obra.¹⁷ Durante mucho tiempo perdimos la voz de esta muchacha, que cantó sus amores y frustraciones con voz propia. También se han desvanecido obras históricas como las memorias de Agripina o los comentarios históricos de Pamphila, las obras sobre teoría musical de Ptolemaida, las composiciones poéticas en griego de Perila, la hija de Ovidio, o manuales científicos y médicos, como los de Antioquis de Tlos o Salpe.

Solo nos quedan sus nombres, pero merece la pena recordarlos. Y saber que existían, pese a que se nos muestre un canon literario en el que solo se han conservado las obras masculinas y parezca que es lo único que existía. Un par de excepciones jalonan este camino de olvido. La primera es un manual de obstetricia tardío, de una comadrona llamada Metrodora y del que, por fortuna, ha sobrevivido una copia, que se conserva en Florencia. El otro caso, el de Cecilia Trebulla, es aún más curioso, pues implica una actuación mucho más disoluta y vandálica que la de escribir un serio manual científico. Se trata de tres epigramas que se han conservado, están grabados en una pierna de uno de los colosos de Memnón y, en ellos, se pregunta por la voz de la piedra y el lamento por un destino pasado; así consiguió, suponemos, que se recuerde la suya también. Del mismo modo, se preservan, de igual forma, algunos poemas de otra romana, Julia Balbila, que los escribió en su viaje a Egipto mientras formaba parte de la comitiva imperial. Su tono, que con Adriano sigue las convenciones del panegírico, se vuelve mucho más cercano, cálido y fascinado cuando se refiere a Sabina, la emperatriz.

Sin embargo, esta educación era un arma de doble filo. Si bien algunas mujeres poetas fueron alabadas, como Sulpicia, y se reconocía la labor intelectual de otras (por lo general, si alababan al poeta o este tenía un interés sexual o afectivo en ellas), también sufrían las burlas de otros autores. Juvenal, por ejemplo, se mofa de las mujeres con interés en la lingüística o la oratoria y las califica de chifladas por lo antiguo. Marcial sigue esta línea y se burla de aquellas que son capaces de ha-

blar griego, con una tendencia hacia lo obsceno en su desprecio. También Plutarco se ve en la necesidad de añadir a la alabanza a Cornelia y su cultura, un apéndice en el que afirma que no se iguala a las jóvenes frívolas.¹⁸ No fue algo exclusivo de Roma, como podemos ver en la burla a las «cultas latiniparlas» de Quevedo o las mujeres sabias de Molière, ni escapamos tampoco en la actualidad, con el desprecio a las «marisabidillas», cuyo correspondiente masculino cuesta encontrar. La línea entre la dulce *puella docta* (muchacha erudita) y la admirada *matrona docta* (matrona erudita), frente a estas mujeres chifladas, pedantes o ignorantes estaba mucho más en la visión del poeta que en la capacidad real de la mujer. Ovidio afirmaba que es probable que para evitar estas burlas y halagar a los hombres, algunas aprendieran a fingir que hablaban peor de lo que sabían en realidad y a pronunciar mal algunas palabras, dándoles a los hombres la oportunidad de lucirse y así tranquilizar su orgullo.¹⁹



Clío, musa de la historia, o, tal vez, Calíope, la musa de la épica, es representada en este mosaico con los instrumentos más usados en la escritura, una tabilla de cera y un *stylus*. Mosaico de las Musas y el Fauno (s. II o ppios. s. III d. C.), hallado en la llamada Casa de las Murallas. Museo de Zaragoza.

CAPÍTULO 4

DIOSAS, SACERDOTISAS Y FESTIVALES

Es el caso de Medea, por ejemplo, figura que se ha reapropiado de muy diversas maneras en las últimas décadas.⁴ La *Medea* de Eurípides es una tragedia extraña, en la que no se restablece el orden al final. Acaba mal precisamente porque no tiene un final tranquilizador. Medea escapa, viva y, para sorpresa de todos, indemne, tras haber atentado contra el orden patriarcal. Ha matado a los hijos de Jasón, por mucho que le haya pesado, pero ha conseguido huir con éxito para reconstruir su vida en otra parte y enterrarlos con sus propias manos. Ese es el verdadero problema. Griegos y romanos no tenían problema alguno con el infanticidio, pero no era Medea quien tenía derecho a arrebatarse la vida a los niños. Niños que, por otra parte, no se iban a quedar con su padre e iban a ser desterrados con ella, que hubieran estado en peligro constante. Medea había arrancado a duras penas una promesa de seguridad de su padre. Cuando Jasón quiere dar un último adiós a sus hijos, ya muertos, ella le recuerda que no le importaban antes, luego poco le pueden importar ahora, y le profetiza, amarga, que la vejez será aún peor. La *Medea* de Séneca, menos feroz, sí le devuelve los cadáveres, pues su venganza pretendía compensar, con la muerte de sus hijos (una víctima por otra), el agravio y la muerte de su padre y hermano, causadas por la ambición de Jasón y por su propia mano. Medea actúa como un hombre, que puede querer a sus hijos, pero antepone sus planes a ellos, como Agamenón cuando sacrifica, como a una ternera de tristes ojos en el altar, a su hija, Ifigenia. La maga es activa, no permite que se rían de ella, lucha por su posición social y no duda en eliminar a sus enemigos. Es todo lo contrario al orden, a lo que debería ser una mujer y, aun así, triunfa en esta tragedia, sin que se restaure la autoridad o la armonía social.

No siempre fue así. De hecho, en algunas obras, Medea es, simplemente, la extranjera necesaria que abandona a su familia para incorporarse, con todas las consecuencias, a la familia de su marido. En la

Teogonía, vive con tranquilidad con su marido y en un escolio a la tragedia se nos habla de que la versión original culpaba a los corintios de la muerte de los niños y que estos habrían buscado excusarse culpando, cómo no, a la madre. También Pausanias culpa a los corintios de la muerte de los hijos de Medea, lo que habría venido seguido de una peste que afectaba a sus propios hijos, con lo que explica los monumentos a la maga en la ciudad.⁵

Medea, en la actualidad, nos parece una mujer empoderada, que no duda en reclamar sus derechos o actuar cuando lo considera justo. Una mujer fuerte, poderosa e inteligente, consciente de la posición que le dicen que debe ocupar y que se rebela contra ello. Sin embargo, fue concebida como la mayor villana, como la peor mujer, la madre que ocupa el lugar del padre, que altera todo lo que debería ser y atenta contra todos los valores. Por mucho que se llamen igual, cualquier Medea escrita hoy va a ser un personaje distinto al que concibieron los griegos y romanos. Lo mismo sucede con Clitemnestra, que mató a su marido para vengarse por la muerte de su hija. No se critica a Agamenón por sacrificar a su hija, ni a Orestes y Electra por vengar a su padre. Lo malo no es la muerte, la violencia y la venganza, sino no saber qué lugar ocupas y a qué tienes, o no, derecho. Así pues, como se ha dicho, los tiempos también cambian los mitos o, más bien, cambian nuestra forma de percibirlos. Los mitos no solo cuentan historias más o menos bellas, sino que poseen una carga simbólica enorme, una carga de justificación social, de discurso político. Las comedias y las tragedias, el humor y el mito, son formas de transmitir valores, ideas y modelos a la sociedad, son la propia sociedad diciéndose a sí misma que su forma de hacer las cosas está bien y que los bárbaros son los otros. Todo ello hay que tenerlo en cuenta cuando nos acercamos a la religión romana, que no nos ofrece un relato histórico o aséptico, sino su manera de narrarse como sociedad.

CAPÍTULO 5

MUJERES INVISIBLES, MUJERES FUERA DEL SISTEMA

Aunque hoy las prostitutas tengan serias dificultades para denunciar agresiones o violaciones, al menos está claro que es ilegal. No sucedía lo mismo en Roma, donde no se consideraba que la prostituta tuviera un honor que defender o guardar, por lo que se creía que no podía sufrir lo que ellos interpretarían como violencia sexual, un tipo de violencia por el que, recordemos, no les importaba la integridad física o emocional de la persona, sino la corrupción o no de su virtud y honra, como elementos sociales. Tampoco el asesinato de una prostituta importaría a nadie salvo al dueño, quizá, para pedir una indemnización. Por mucho que veamos a Aspasia o a Lais como modelos de mujeres fuertes e independientes, las prostitutas de la época aspiraban a ser las invisibles matronas con una vida anodina que, al menos, no tenían que ceder más que ante un hombre.

La muerte de una prostituta era como la muerte de una vaca, un daño para el amo. Sin embargo, no siempre fue así y, en algunas circunstancias, una afortunada combinación de valor en la mujer y una moralidad distinta en las autoridades, permitió cambiar las cosas. Era el siglo IV o V d. C., en Hermópolis, una ciudad de Egipto. Allí se transcribió un caso que ha llegado hasta nosotros, en un papiro que hoy se conserva en Berlín. Diodemo de Alejandría era un senador romano, respetado por sus iguales, rico y poderoso. Eso le hizo sentirse lo bastante impune y con el suficiente derecho como para matar a una joven prostituta, tras un banquete y después de haber disfrutado de sus servicios durante un tiempo. Theodora, la madre ya anciana de la joven muerta, sin recursos y sin ningún poder, tan solo le pidió al próspero senador que la compensara económicamente. Su hija ya no

La mendicidad no la ejercerían solo los adultos y, como en épocas posteriores, los niños (y niñas en este caso) podían ser usados para pedir en la calle y, muchas veces, sería su única forma de supervivencia. Sin embargo, su ausencia en las fuentes es palpable. Hucha en forma de niña mendicante (25-50 d. C.). The J. Paul Getty Museum, Los Angeles (California).

estaba para ayudarla y ella era demasiado mayor para ganarse la vida sola; es probable que no creyera poder conseguir nada más del senador, pero la necesidad la impulsó a pedir, al menos, eso. Sin embargo, ante la negativa de Diodemo y tras haber llegado el caso al juez, Zephirus, este tomó una decisión sorprendente, pese a las protestas del resto de senadores. Encarceló al senador y le condenó a pagar un décimo de sus bienes a Theodora. El juez dejó explícito en la sentencia que no solo era lo que apoyaba la ley, sino que la misma humanidad lo exigía. Es más, acusó al senador de destruir el honor del consejo de la ciudad, abusando de la imagen misma de la vulnerabilidad, una mujer, prostituta y pobre.²⁹



CAPÍTULO 6 BUSCAR SU SITIO

Cuando se habla de las «primeras médicas», en general, solemos encontrarnos con referencias a las pioneras en las universidades del siglo XIX, mujeres que tuvieron que enfrentarse a las trabas de unas instituciones que no estaban demasiado contentas con su participación, que les impedían examinarse y a las que les preocupaba que «distrajeran» a sus compañeros varones. Sin embargo, pocas veces se retrotraen a las médicas medievales, con personajes como Trota, de la Escuela de Salerno, o Hildegarda de Bingen, una abadesa alemana que fue la primera en desafiar, por escrito, la tradición galénica y recoger plantas medicinales que se conocían gracias a la tradición oral. También revolucionó la fabricación de cerveza, crean-



Los peinados femeninos estaban sujetos a cambios más frecuentes que los de los hombres, pues seguían la última moda. Algunos fueron tan complicados que requerían mucho tiempo, extensiones e incluso pelucas, además de profesionales para realizarlos, fueran esclavas o libres. Dos figurillas cerámicas, encontradas en un contexto funerario en Córdoba (s. II d. C.). Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

do en la práctica la idea actual de la misma, aunque con más lúpulo, pero ese es otro asunto, que debe ser tratado en otro libro. Mucho menos todavía se habla de las médicas del mundo clásico, a no ser para mencionar a la mítica Agnódice. Su historia, que pasa por disfrazarse de hombre para estudiar medicina y poder atender a las mujeres, que sentían vergüenza de acudir con problemas ginecológicos y obstétricos a los médicos varones, se cita de pasada, olvidando que se crea precisamente para justificar una presencia femenina en la medicina que debía distar de limitarse a casos excepcionales.

Como mucho, se nos presentará un panorama en el que muchas de las deidades relacionadas con la salud son femeninas. Aparte del vengativo Apolo, dios de la salud y de las pestes, y de Asclepio/Esculapio, uno de los pocos dioses bondadosos, el ámbito divino de la salud tiene una marcada presencia femenina. Salus o Higeia, la deidad encargada de la salud y la higiene en general, junto a su hermana, Panacea, ambas hijas de Asclepio; Febris, como Apolo, una deidad ambigua que puede causar o curar la fiebre y las epidemias; Bona Dea, con sus serpientes y su carácter ancestral, o Lucina, encargada de los partos.

En algunas obras se da tan por supuesta su inexistencia, como presupuesto de base, que ni se cuestiona ni se investiga, incluso se obvia la colaboración entre comadronas y médicos. Hay algunas obras que se inician, de hecho, con la negativa explícita de su existencia.⁵ En cambio, cuando se ha empezado a señalar a estas mujeres y sacarlas a la luz, no ha sido tampoco sencillo admitir su presencia y realidad. La ceguera voluntaria nos impide, muchas veces, admitir nuestros errores o prejuicios, y se ha dado paso a un debate sobre si estas romanas eran de verdad médicas o solo una especie de comadronas venidas a más, a las que se referían con una especie de fórmula de respeto. No solo asoma la sorpresa ante las mujeres en la medicina, sino esa jerarquización que coloca en la punta del trabajo sanitario a los médicos y, por debajo, los trabajos feminizados, como la obstetricia y la enfermería.

CAPÍTULO 7

EL JUICIO DE LA HISTORIA

Mesalina, la famosa Mesalina, tampoco era una recién llegada, pertenecía a la familia imperial, y era prima, más o menos cercana, tanto de Claudio como de Nerón. De hecho, el ser descendiente de Octavia por línea paterna y materna (la endogamia de algunas casas reales de época medieval o moderna era un juego de niños comparado con la *domus* de Augusto) hacía que, en teoría, tuviera más sangre divina en sus venas que el propio emperador. Tampoco fue flor de un día, ya que fue la esposa de Claudio durante alrededor de una década y le dio un hijo y una hija. Al final, cuando analizamos sus actos de forma más aséptica, nos encontramos tan solo a otra madre que lucha por el ascenso al poder de sus hijos, igual que lo hicieron Livia o Agripina. Solo que ella fracasó y ambos acabaron muertos por mandato del linaje rival. La historia sobre su promiscuidad, vanidad, volubilidad y crueldad, que se repite de un modo constante con otras mujeres de la casa imperial, sirve más para representar la debilidad masculina a su alrededor que para crear un relato sobre ella misma. Es también útil para ocultar conspiraciones palaciegas, más complejas que un simple enamoramiento pasajero de un día. La ingenuidad de Claudio y su estupidez, que le llevarían a ignorar las infidelidades hasta el punto de obviar que Mesalina pretendía casarse con su amante a sus espaldas y sustituirle en el trono, permiten a los escritores romanos dibujar a un emperador muy lejano de sus responsabilidades cotidianas y fácilmente manipulable.

Al igual que con la descripción de emperadores lujuriosos o vencidos por la gula, la idea de un hombre que no sabe gobernarse a sí mismo o a su familia, permitía a los autores insinuar la incapacidad de estos emperadores para gobernar algo más grande, como un imperio. No olvidemos que estos escritores eran senadores que pretendían reclamar su propia autoridad política frente a la imperial. Así, ambos recursos,

el de la lujuria propia y la femenina, unidos al de tapar conspiraciones con supuestos adulterios, se combinan una y otra vez en los relatos imperiales, y personajes como Julia y Mesalina pasarían a la historia como ninfómanas descontroladas sin dos dedos de frente. No resulta demasiado paradójico que la propia Mesalina esgrimiera las acusaciones de adulterio y lujuria para librarse de rivales propias y de Claudio, mientras intentaba asegurar la posición de sus hijos.

Por otro lado, al igual que con Livia o Agripina y los envenenamientos, los historiadores de la época recurrieron a la existencia de rumores, al «se dice» y «se comenta», tanto para descargar responsabilidad sobre sus afirmaciones como para dar por buenos datos que, en realidad, no están apoyados en prueba alguna. Como aquellos médicos que afirmaban que sus datos sobre anticoncepción y aborto procedían de las prostitutas y comadronas, y que ellos solo los recogían, afirmar que solo se comentaban los rumores permite a los historiadores dar la idea de que era algo *vox populi*, y que su interés era, simplemente, que no se perdieran esas ideas. En cualquier caso, tampoco podemos lanzar las campanas al vuelo con el uso de las fuentes en época actual, cuando se ha dado por buena y totalmente imparcial una sátira de Juvenal que asegura que Mesalina se prostituía cada noche, peluca mediante, y en un burdel de mala muerte.²⁶

Pese a ello, o precisamente por ello, el morbo del relato sobre una mujer capaz de huir por la noche para trabajar en burdeles, capaz de vencer a las prostitutas en competiciones sexuales, que mataba o elevaba por capricho, hizo que este sesgo perdurara en el tiempo. La historia resulta mucho más divertida cuando no se plantean preguntas y críticas sobre ella, sino se lee como un cuento de héroes y villanos. Y, en concreto, las grandes villanas resultan especialmente atractivas.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

